

ARTURO ARDAO

Viejos recuerdos del Centro  
Estudiantes de Derecho

Apartado de la Revista del C.E.D.  
Tomo XXII - Nº 62 - Año 1967



MONTEVIDEO

1967

## VIEJOS RECUERDOS DEL CENTRO ESTUDIANTES DE DERECHO

por el

*Dr. ARTURO ARDAO*

Conmemora su cincuentenario el Centro Estudiantes de Derecho. Con tal motivo, quienes ahora lo dirigen nos hacen la amistosa solicitud de una evocación del Centro que nosotros conocimos, que nosotros vivimos, hace ya un buen tercio de siglo. ¡Centro Estudiantes de Derecho! . . . Mucho nos obliga el pedido. Si a la Facultad de Derecho debemos las categorías intelectuales de nuestra formación universitaria —grande deuda personal—, al Centro le somos deudores de los primeros pasos en las luchas por ideales y por ideas, experiencias primeras de la acción disciplinada en milicia.

La Facultad y el Centro: dos escuelas que hoy nos resulta difícil separar. Y sin embargo, nuestro primer contacto con el Centro fue anterior a nuestro ingreso a la Facultad, como el último, en cuanto vínculo activo, iba a ser posterior a nuestro egreso. Cuando el 30 de junio de 1930, en una nueva fase de la huelga por la Reforma iniciada en 1928, se produjo la toma estudiantil de la Casa —primer acontecimiento de esa naturaleza en nuestros anales universitarios— los entonces estudiantes de Preparatorios de Derecho nos incorporamos de golpe a la acción del Centro. En su mismo local, en 18 de Julio entre Gaboto y Tristán Narvaja —finca de altos contigua al actual edificio del Liceo Francés— realizamos nuestras propias asambleas a raíz del suceso. En cierto momento discutíamos si la huelga solidaria que nos disponíamos a realizar, debía ser temporaria o también por tiempo indeterminado como era la de nuestros mayores de la Facultad. Fue entonces cuando en nombre del Comité de Huelga de éstos, reunido en una pieza vecina, trepó a una silla Arturo Figueredo para aconsejar a los vehementes preparatorianos la decisión más moderada. La palabra del indiscutido primer orador de aquella batalladora generación estudiantil, cerró el debate. Esa estampa emerge hoy del recuerdo junto con la de la manifestación en que

los estudiantes de Preparatorios desfilamos con los de la Facultad, desde ésta hasta la plazoleta del Solís, donde culminó una ardiente oratoria. En ellas reconocemos, al través de los años, la efectiva entrada de nuestra promoción en el movimiento de la Reforma Universitaria, por la puerta del Centro Estudiantes de Derecho.

La vuelta a las clases fue decidida recién a mediados de abril del año siguiente, por lo que, habiendo ingresado a la Facultad como huelguistas, alcanzamos a compartir la última etapa del conflicto. El Centro aparecía gran triunfador de una larga lucha. Reiniciaba la Casa sus tareas académicas bajo autoridades reformista y con algunas reformas ya impuestas, entre las cuales la institucionalización, por vía reglamentaria, de las entonces llamadas Asambleas de Profesores y Estudiantes, precursoras de las actuales Asambleas del Claustro. Los que ingresábamos éramos los primeros beneficiarios, y por lo mismo deudores, del sacrificio de toda una generación con la que en los corredores de la Facultad, pero sobre todo en los ambientes del Centro, pasábamos a confundirnos.

Rodeaba en aquellos días al Centro una aureola en la que a los propios reflejos de la fresca ardua victoria, se sumaban los de la naciente acción de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, fundada en el cuadro del conflicto de Derecho y por efecto suyo. En abril de 1929, los hasta ese momento dispersos centros estudiantiles de Montevideo, manifestaron su solidaridad con los estudiantes de Abogacía y Notariado en huelga desde hacia un año, realizando un paro general de dos días y un gran acto en la Universidad. De aquel encuentro surgió rápidamente la Federación, cuyas bases, con un éxito que no habían tenido tentativas anteriores, fueron echadas el 20 de mayo. Junto con la aguerida Asociación de Estudiantes de Medicina, fue decisivo el Centro Estudiantes de Derecho. José Pedro Cardoso, Ricardo Yanicelli y Carlos María Fosalba en aquélla, Armando Malet, Arturo Dubra y Arturo Figueredo en éste, se contaron entre los principales gestores del episodio por el que vino a instrumentarse el variado conjunto de empeños doctrinarios y prácticos que llenan la primera década del Reformismo Universitario. Pero puede afirmarse, sin cometer injusticia con ninguno de los otros núcleos, que fue la huelga de Derecho y el clima creado por su agitación reformista —llevada de la Facultad a la Universidad entera— lo que apresuró el inevitable paso hacia la Federación, dándole al mismo tiempo a ésta sus más inmediatos motivos de lucha. Entre ellos, en lugar preferente, el apoyo al proyecto de ley por el que se creaba la Asamblea de Profesores y Estudiantes como órgano estable en cada Facultad, presentado en el Parlamento por el legislador Carlos Quijano. Por su autor, campeón de la Reforma

desde años atrás y delegado de los estudiantes en el Consejo de la Facultad de Derecho, y por sus circunstancias, derivaba el proyecto en línea directa de aquella huelga. El histórico Primer Congreso Nacional de Estudiantes, realizado en setiembre de 1930 en los salones de la Asamblea Representativa de Montevideo, hoy Junta Departamental, con recursos proporcionados por una ley de la Nación —era el año del Centenario— afianzó definitivamente a la Federación, por la fijación de directivas ideológicas y la general movilización en la capital y en el interior. Resulta, sin embargo, inseparable también del marco proporcionado por la huelga de Derecho, entonces en su fase más aguda y convertida ya en problema nacional. En el mismo marco tuvo lugar la participación del Uruguay, representado por Cardoso y Malet, en el Congreso Iberoamericano de Estudiantes realizado en México de diciembre de 1930 a enero de 1931.

Depositario de los laureles de esa reciente tradición, era aquel Centro Estudiantes de Derecho en el que entrábamos a militar en 1931. Se vivían por aquellas fechas, en toda la Universidad, días de verdadera efervescencia espiritual. Por primera vez, desde los iniciales planteamientos uruguayos que siguieron a la insurrección de Córdoba en 1918, se respiraba una atmósfera de triunfo de la Reforma Universitaria. Sus principios cardinales habían sido ampliamente reconocidos por el resonante Congreso Universitario Americano, con respaldo oficial y participación de autoridades, profesores y estudiantes, realizado en marzo de 1931 en el Paraninfo de la Universidad. Desde su secretaría, el mexicano Vicente Lombardo Toledano, entonces joven profesor, impulsó con eficacia y con brillo la orientación reformista de la asamblea. Fruto de una iniciativa parlamentaria de Gustavo Gallinal, en tiempos muy distintos de los actuales, vino a ser aquel Congreso el prestigioso epílogo de las celebraciones del Centenario, dando un inesperado toque internacional a la escena en que se apuraba el desenlace de la huelga de Derecho. Pero la efervescencia no resultaba sólo de la inquietud por las cuestiones estrictamente universitarias. El año 1930 había quedado marcado por una ola de dictaduras en Latinoamérica, entre ellas la muy cercana de Uriburu en la Argentina. Exiliados políticos, incluso estudiantes, de diversos países, se refugiaban en Montevideo. Como parte no separable de esos hechos, el desarrollo de la conciencia anti-imperialista y de las ideologías sociales, reformistas y revolucionarias, marxistas y no marxistas, se vuelve muy intenso. Circula abundante literatura sobre estos tópicos, a nivel de propaganda acercada por kioscos y vendedores callejeros, que los estudiantes devoran. El diario "El Nacional", editado por Quijano de agosto de 1930 a noviembre de 1931, es para los jóvenes universitarios de todas las tendencias, al margen de las banderías de partido,

sostén cotidiano de esas preocupaciones. Sale al fin, con algún retraso, convirtiéndose en el breviario de aquella generación, el volumen en que la Federación recopila los trabajos del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, añadiendo la Memoria de sus dos primeros años de actuación, mayo 1929 a mayo 1931. Desde el primer momento había sido un hecho la solidaridad entre estudiantes y trabajadores, y una élite intelectual de éstos frecuenta tertulias estudiantiles caldeadas por todas las formas de la dialéctica. Es sobre tal fondo que hoy se nos aparece la zumbadora imagen del Centro Estudiantes de Derecho de aquel entonces, cuyo local compartía el combativo Centro "Ariel", avanzada del pensamiento universitario y social de los estudiantes de todas las Facultades.

En febrero de 1932 el Presidente Terra sorprende a la opinión con el supuesto descubrimiento de una inminente revolución social. Toma medidas de fuerza contra un partido de la clase obrera, allana locales, acuartela tropas, patrulla la ciudad. Como los demás, y desde luego la Federación, el Centro Estudiantes de Derecho denuncia la preparación del Golpe de Estado. Un sector de sus afiliados sostiene que a los centros estudiantiles les está vedado pronunciarse en materias extrauniversitarias, se aparta y funda con otro nombre otro organismo gremial. Cuando adviene el ominoso 31 de marzo de 1933, en que Terra se declara dictador y Emilio Frugoni, Decano reformista de la Facultad, es aprehendido y golpeado por la policía al abandonar la Casa con los estudiantes después de una noche de ocupación, los más caracterizados integrantes de aquel sector se enrolan desde el primer instante en la lucha contra el cuartelazo, junto a sus antiguos compañeros. Una noble reconciliación se produce y la unidad es restablecida en torno al viejo Centro. Acababa éste de trasladarse a una casa de bajos en la esquina de Colonia y Tristán Narvaja, donde se halla ubicada hoy la Editorial Medina. Por la calle Colonia, a la que daba la puerta de entrada, la finca lindaba con la residencia de uno de los miembros de la Junta de Gobierno instaurada por el Golpe. ¡Nada menos! ¿Puede imaginarse los tumultos que ocasionaban, pese a la guardia permanente, las entradas y salidas del personaje?

Incidencias de esa naturaleza fueron el pan de cada día en los alrededores de la Universidad, transformada en uno de los principales focos de aquella resistencia popular en que nuestra generación se templó. Local estudiantil el más cercano a ella, le tocó al Centro muchas veces desempeñarse como cuartel general del movimiento universitario. Fue especialmente así cuando frente al candidato de la ínfima minoría de estudiantes adictos a la dictadura, y por supuesto ajenos a sus filas, llevó al Consejo de la Facultad, de delegado estudiantil, al patriarcal Eduardo Acevedo.



Toda la Universidad se movilizó en la ocasión tras aquella bandera; y fueron sin duda de los mejores momentos de la historia del Centro, aquellos en que el viejo maestro, casi octogenario, veterano de la lejana oposición estudiantil al tirano Latorre, lo visitaba para acordar con la directiva la actuación en el Consejo. Otra clase de visitas recibía también el Centro por las mismas fechas. En enero de 1934 informaba el periódico de la Federación de Estudiantes: "El martes 26 ppdo., a las 23 horas, una numerosa comisión policial, integrada por un comisario y varios agentes de investigaciones, irrumpió violentamente en el Centro Estudiantes de Derecho, procediendo a una severa revisión del local. . . desde la intimidación a mano armada hasta las amenazas de las más severas represiones, fueron medios utilizados para presionar la voluntad de los que se encontraban en el local. En el patio de ese Centro se destaca un retrato de Julio César Grauert. La figura imponente del joven leader batllista, cuyo cuerpo ensangrentado paseara por las calles de Montevideo una multitud encendida de dolor y pasión, sólo mereció la advertencia de que el camino seguido por Grauert era la senda abierta para los hombres de la oposición".

La otra sede de igual carácter, fue una casa de altos de 18 de Julio y Yaguarón, esquina cruzada con el Café Montevideo, con entrada por la Avenida, local a la vez de la Asociación de Estudiantes de Medicina y de la Federación de Estudiantes, que pasamos a sentir tan nuestro como el del Centro. Durante varios años, de una a otra casa, de una a otra esquina —;Colonia y Tristán Narvaja!, ¡18 y Yaguarón!— pasó el eje topográfico de la lucha estudiantil contra la dictadura. Tuvo ese eje un tramo adicional hasta la Plaza Libertad, donde a partir de cierto momento empezó el redivivo Ateneo a actuar como gran órgano del espíritu universitario combatiente, y en uno de cuyos rincones, en el que hoy se levanta el Cine Plaza, imprimíamos en un sótano, "Jornada", el periódico que la Federación fundó en el mismo año 1933 expresamente para aquella lucha; era el sótano de la memorable Imprenta Lanús, donde entre tantas otras hojas antidictatoriales y antifascistas, se imprimía también, dirigido por Quijano y redactado por estudiantes de Derecho militantes del Centro, el juvenil semanario "Acción", sobre cuyo modelo gráfico se configuró aquel periódico de la Federación. La totalidad del recorrido tenía sus postas clásicas, desde la mitológica Cantina Fierro, en 18 de Julio frente a la escalinata central de la Universidad, y el Café Sportman, obligados objetivos de tantos avances de los coraceros, hasta el Café Barrucci, en 18 y Olimar, el Café Montevideo y el Café Ateneo, frente éste al actual Sorocabana. Eran los tres últimos, por razón todavía de otras vecindades, verdaderos nidos del carbonarismo político de aquella época, en el

que los estudiantes universitarios andaban enredados con dirigentes políticos de chicos y grandes partidos opositores. Llegaron algunos, como consecuencia, hasta la frontera, del lado brasileño, cuando se preparaba la invasión revolucionaria, yendo a dar otros a la Isla de Flores, no sin visitar de paso sitios menos aireados y más incómodos, como eran las celdas de la policía política, célebre por sus "interrogatorios", instalada entonces en el Cuartel de Bomberos.

¡Cuántos futuros Legisladores, Ministros y Consejeros Nacionales, de anteayer, de ayer y de hoy, cursaron entre esos límites y en tales aulas, su bachillerato político! Aprendiz hubo que, no siendo universitario, hizo sólo de "oyente" ese bachillerato y llegó, sin embargo, bastante lejos. Como cronista de "El Día" encargado de cubrir la entonces codiciada información de la Universidad, mucho antes de pensar en llamarse Chico-Tazo, asistía Benito Nardone a las interminables asambleas o a los actos electorales que tenían lugar en el patio de claraboya del Centro, palestra en que lidiaban nuestro grupo "Izquierda", capitaneado principalmente por los veteranos Dubra y Figueredo, el grupo "Reforma", conducido entre otros por Justino Jiménez de Aréchaga y Felipe Gil, y la sección correspondiente a Derecho de la "Asociación Estudiantil Roja", en la que Rodney Arismendi, con militancia iniciada en el Liceo de Melo, se ensayaba para otros mayores lideratos. Impenetrable como una esfinge, Nardone tomaba con paciencia sus notas, acercándose al final a la mesa para recoger el exacto tenor de alguna resolución o algún resultado. Se lo proporcionaba alguno de los nombrados, o tal vez Carlos Cutinella, Héctor Grauert, Augusto Legnani, Luis Ignacio Garibaldi, Nicolás Storace Arrosa, Edison Peluffo, Hildebrando Carnelli, Jesús Bentancourt Díaz, Enrique Centrón, Alfredo Castellanos, Heraclio Pérez Ubici, Raúl Capurro, Alejandro Fernández, o aun Saúl Cestau si la reunión era compartida por el co-locatario Centro Estudiantes de Notariado. O todavía, Juan Carlos Labat, Wellington Andreoletti, Julio Cendán, Pedro Zabalza, Gilberto Rava o Wallace Díaz, todos estos últimos de las mismas promociones a que nosotros pertenecíamos. A horas avanzadas de la noche acogía en la redacción del diario, para publicar al otro día, los comunicados y citas que personalmente le alcanzábamos los estudiantes. Con algunos de éstos solía demorarse, al final de los actos, en lo de Fierro o en el Sportman.

Más tarde, pero todavía en plena dictadura, el Centro se desplazó por Colonia, fijándose cincuenta metros más afuera, entre Tristán Narvaja y Eduardo Acevedo. Apenas diferente en el corrido de las habitaciones, la casa pareció seguir siendo la misma, con un semejante patio central y siempre el leal matrimonio Rivero en las dependencias del fondo, aquel privilegiado sector que

era también el de la cantina. Allí quedó el Centro cuando egresamos. Allí estaba cuando en 1942, sucediendo a Figueredo, se nos invistió con la representación de los estudiantes de Abogacía y Notariado en el Consejo, conforme a la ley de la época por intermedio de un solo delegado, por añadidura egresado. Un nuevo cisma dividía entonces a los estudiantes de Abogacía, funcionando la institución disidente, con otro nombre, en la acera sur de Uruguay, a la altura, creemos, de Vázquez; en el ejercicio de la delegación tuvimos la fortuna —recuerdo especialmente grato— de promover y lograr el entendimiento, con el resultado de la fusión en torno al viejo Centro Estudiantes de Derecho. En la misma casa seguía éste al finalizar nuestro mandato. En ella, se nos dice, permanece todavía.